





TARTILAN  
COSTUMBRES  
POPULARES



B.R. Madrid

FONDO ANTIGUO

**A-707**

Bib. Regional







V.2430h

12

XI-269 pag 140p

Re



A-707



R  
38355

# COSTUMBRES POPULARES.

COLECCION DE CUADROS

TOMADOS DEL NATURAL

POR

SOFÍA TARTILAN,

Socia de mérito y protectora de la sociedad LA LABORIOSIDAD de Barcelona, del Ateneo Palentino, del de Bellas letras y del Fomento de las Artes en Madrid.

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. RAMON DE MESONERO ROMANOS.

---

2.<sup>a</sup> edicion corregida y aumentada.

---

MADRID.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,  
Juanelo, 19. y Ronda de Embajadores.

1880.



38522

GOSTUMBERES POPULARS

ENCUADROS DEL...

SOTA TARDAN

---

Es propiedad de la Autora y  
queda hecho el depósito que  
marca la ley.

---

ENCUADROS DEL...

Edición corregida y aumentada

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE...

1880



Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Mi respetable y querido amigo: A V. de quien he recibido la primera y más cariñosa de las felicitaciones cuando di al público mi obra *Páginas para la educación popular*, dedico hoy mi nuevo libro *COSTUMBRES POPULARES*, del cual conoce V. algunas páginas.

Cuando los lectores al abrirle, vean en la primera hoja un nombre tan justamente querido y respetado, á lo menos, encontrarán en mi última publicación algo bueno que les haga ser indulgentes, indulgencia que deberé á V. por haber aceptado estas líneas.

Para pagar tal favor, no tengo más que el cariñoso afecto que le ofrece su S. S. y R. A.

Sofía Cartilau.



## CARTA-PRÓLOGO.

Sra. D.<sup>a</sup> Sofia Tartilan.

Muy señora mia: Desea V. conocer mi pobre opinion sobre esa coleccion de artículos de costumbres que piensa publicar en un tomo, cuyas pruebas ha tenido V. la bondad de remitirme; y aunque, generalmente, me he escusado de hacer estas declaraciones que, como mias, juzgo de ningun valor, no puedo hoy, á fuer de galante caballero, aunque viejo setenton, encerrarme en mi acostumbrada reserva, tratándose de una dama, y una dama cuyo innegable talento le permite manejar la pluma con el mismo desembarazo y destreza con que, la inmensa mayoria de su sexo, sabe manejar el abanico.

Empezaré confesando á V. de buen

grado, que no participo gran cosa del entusiasmo hácia las mujeres literatas, sin que esto me haya impedido consignar el tributo de mi admiracion hácia algunas honrosisimas excepciones que he conocido en mi tiempo, y cuyos ilustres nombres son sobrado populares para que necesiten de mi humilde testimonio. Pero siempre he creido que la indole especial del talento femenino se aviene más con la expresion de los afectos del corazon, y con las galas de la poesia, que con aquellos asuntos que requieren una aptitud especial de observacion y de estudio, un profundo juicio crítico, gran conocimiento del mundo, y variada y extensa instruccion.

Sentados estos preliminares, confieso á V. tambien, que al abrir su libro, en cuyas primeras páginas declara su intencion de ocuparse en la pintura de las costumbres populares, no pude prescindir de emprender su lectura con cierta desconfianza y prevencion. Pero muy luego eché de ver que me las habia con persona competente en la materia, y que, so-

breponiéndose á su sexo, poseia gran parte de aquellas circunstancias que, á mi entender y segun dije antes, son imprescindibles para cultivar este ramo de la literatura con el aplomo y valentia que exige.

Porque este género tan manoseado, que tan fácil y hacedero parece y cuyo dominio se extiende desde las páginas de Cervantes hasta las aleluyas de la *Vida del hombre malo*, es más difícil y escabroso de lo que á primera vista aparenta, y no en vano pudo estampar Horacio el «*Dificile est proprie communia dicere,*» que parafraseó luego nuestro Argensola diciendo:

«Este que llama el vulgo estilo llano  
envuelve tantas fuerzas, que quien osa  
tal vez acometerle, suda en vano.»

Contrayéndome, pues, al libro de V., declaro sinceramente que desde las primeras páginas deseché mi desconfianza, y me hallé agradablemente impresionado por la intencion sana y moral que respiran, por el aplomo y seguridad con que acomete V. los asuntos, por la ver-

dad con que los desenvuelve y por la gala y bazarria con que los viste en discreto y fácil estilo.

Algunos de estos cuadros, tales como los que llevan los titulos de *Las medias azules*, *La velada en Castilla*, *La hija del titiritero*, *La casa de paso*, *Las glorias de Castilla*, *La niña de la pandereta* y *El Dechado*, son preciosos cuentos en el género de *Trueba*; rebosan en candor y animacion, y parecen más bien como esbozos, como episodios de una leyenda de mayores proporciones; y otros como *A orillas del Manzanares*, *Las hogueras de San Anton en Palencia*, *Los juegos de la infancia*, *El bautizo en Extremadura*, *Los penitentes*, etc., son halagüeñas narraciones, pinturas *d'apres nature*, hechas de mano maestra, y que naturalmente halagan y entretienen el ánimo del lector, por su estilo sencillo y la oportunidad de las observaciones morales que los realzan.

Lo que no tienen esos bellos artículos y que, á mi entender, es muy propio de este género, que ahora ha dado en lla-



marse *humorístico*, es el desenfado, la intencion satírica y hasta sarcástica que tan bien les vá como indispensable condimento; pero en cambio de esta falta, tampoco adolecen de la tendencia petulante y exótica de lo que ahora ha dado en llamarse en la novela el *género transcendental*.

Las páginas, pues, de su libro de V., si no están destinadas á producir emociones nerviosas, ni malignas sonrisas, son, por lo amenas é interesantes, sobremañera simpáticas, y habrán de conquistar el aprecio de la generalidad de los lectores hácia la discreta y simpática escritora que les ofrece el sazonado fruto de su talento y la bizzarria de su pluma.

Tal es, pues, señora mia, la opinion que de su libro he formado, y que, escrita á vuela pluma, ofrece á V. su atento S. S.

Q. B. S. P.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.



## COSTUMBRES DEL PAÍS.

---

### INTRODUCCION.

---

Hé aquí un epigrafe que puede servir lo mismo para un artículo escrito en la lengua sonora de Cervantes que en la de Homero. En chino, en hebreo, en griego ó en sanscrito, puede escribirse la palabra *costumbres*: en todos los idiomas su significado será el mismo. Las costumbres son, sin duda alguna, la fisonomía moral y física de los pueblos. Podrá haber pueblos sin artes, sin literatura, sin diplomacia, ni civilizacion; pueblos que desconozcan por completo todas las delicadezas de la sociedad culta, todos los refinamientos del lujo, todos los adelantos del progreso; pero no hay, de seguro, ninguno, por remota que sea la zona en que se encuentre situado, por grande, por supina que sea su ignorancia, por desconocidos que le sean los beneficios de la civilizacion, que no tenga estas dos cosas: *Religion* y *costumbres*. No, no hay pueblo sin costumbres, como no hay, no puede

haberle, que no rinda culto á una idea religiosa, sea cual fuere su forma. Las costumbres forman parte de la vida moral y material de los pueblos, y ni la gran palanca del progreso, que ha removido las montañas y trastornado el mundo, ni el cosmopolitismo, cualidad que el hombre posee en alto grado, han podido borrar ese sello que distingue las razas, que dá á conocer á los pueblos, que hace recordar lo que las vicisitudes de la vida y de la fortuna parecían haber alejado de la memoria: las costumbres del país.

A donde quiera que el hombre lleva su existencia, lleva tambien sus hábitos, y si los deja no es seguramente sin un dolor punzante y amargo. El tiempo calma ese dolor, llena ese vacío; pero es solamente para cambiar su cadena, y hacerse esclavo de las costumbres del nuevo suelo que habita, y es que el hombre no puede vivir sin rendir culto á las costumbres.

El más rico filon que han explotado los escritores de viajes de todos los tiempos ha sido el de la descripción de las costumbres. Plinio, el jóven, ya nos habla de las costumbres egipcias, y desde él, hasta Alejandro Dumas, en diez y nueve siglos, otros muchos escritores y *turistas* han hecho lo propio. Tesoros de poesía han gastado unos tras otros en estas descripciones, y sin embargo, aun no lo han dicho todo.

Las costumbres de un pueblo, aun del más salvaje, son siempre dignas de respeto, porque en ellas está encarnada su vida moral y material.

Bajo el punto de vista del interés narrativo, nada hay que cautive tanto como una relacion hecha en la que se pinten las costumbres de un país. La armonía imitativa, y la onomatopeya, desempeñan en este caso el principal papel; pero aun cuando el lenguaje fuera descuidado y tosco, no por eso el interés dejaría de existir; y es que todos hallamos un encanto especial al contacto de esa parte de la existencia íntima de los otros, porque nos recuerda la nuestra.

Muchas veces hemos visto consignado, y quizá tambien nosotros lo habremos dicho, «las costumbres se pierden.» El grito que, sin duda, tenia algo de doloroso, nos lo ha hecho lanzar la vertiginosa rapidez con que estamos viendo desaparecer usos, costumbres é instituciones que parecian destinadas á ser eternas. El progreso es quien ha realizado este prodigio, haciendo que desaparezcan las barreras con que la naturaleza misma habia separado los pueblos; pero aun así, el grito es prematuro, la alarma infundada. Las costumbres no se pierden, no pueden perderse, porque como las *vestales* conservaban el fuego sagrado en los templos gentílicos, el pueblo guarda en el santuario del hogar las costumbres de sus mayores, encarnadas en los juegos de la infancia, en el tosco lenguaje del vulgo, en el sencillo ornato de sus viviendas, en la administracion de sus bienes, en sus regocijos públicos ó privados, en la manifestacion de sus pesares, cuando entierran á sus muertos y casan á sus hijos. Las costumbres vivirán tanto como el mundo, y segun hemos dicho al comenzar, no hay pueblo sin

costumbres, como no hay pueblo sin religion, porque las dos cosas son una necesidad del espíritu.

La idea religiosa, sea cual fuere su forma, es una necesidad del espíritu, y esto solo bastaria para confundir á los que pretenden que el hombre no es más ni ménos que un animal de una especie más perfecta que las otras; porque jamás se ha visto que ninguno de los animales irracionales, por inteligentes que sean, le rindan culto á nada que se parezca á una religion. La idea religiosa, la necesidad de rendir culto á un sér superior, es innata en el espíritu humano, y ha sido allí colocada por la mano misma de Dios para llevar el hombre hácia Él, hácia su perfeccionamiento. En todas las religiones, por bárbaras que nos parezcan sus prácticas, se halla siempre esa idea del más allá, que dice claramente que el espíritu no perece allí donde muere el cuerpo, donde la materia se descompone. Siempre vemos presidiendo á esa idea la del premio ó el castigo futuro, segun las obras; y siempre domina en toda religion el encanto que se desprende de la sublimidad de esta aspiracion hácia lo infinito, hácia lo desconocido, endonde se presiente á Dios rodeado de todo su poder. La religion es la base de las costumbres; por lo tanto no puede existir, no existe pueblo alguno, que no tenga religion y costumbres. A medida que aquellas son más sencillas, la idea religiosa está más clara y más precisa. En donde las primeras son más refinadas y cultas, la segunda se mezcla menos en ellas, pero por regla general siempre marchan unidas.

Si la idea religiosa es una necesidad del espíritu, las costumbres son una necesidad y una manifestación de la vida material, y por eso, ni una ni otras, podrán perderse ni dejar de existir. Allí donde quiera que haya una agrupación de seres humanos, formando un pueblo, una sociedad, una tribu ó una familia, allí se encontrarán la religión y las costumbres, formando una parte integrante de la familia, la tribu ó el pueblo.

La civilización, ya lo hemos dicho, con todos sus adelantos, con su cosmopolitismo, nada ha podido en contra de las costumbres que se conservarán siempre en el rincón apartado de la aldea, en el caserío, en el cortijo, en la alquería, en el fondo del valle; y serán transmitidas de padres á hijos como un depósito sagrado. Las costumbres se modifican, pero no se pierden; como tampoco pueden confundirse por completo las de un pueblo con otro: el día que esto sucediera no habría ya costumbres, y el mundo presenciaria otra escena parecida á la que presenciaron los hijos de Noé cuando quisieron levantar la famosa torre de Babel. La confusión y el desorden serían el resultado de la desaparición de las costumbres, porque la verdadera fraternidad no puede estribar en esa desaparición, sino en el sentimiento de amor hacia nuestros semejantes, sin que por eso dejemos de respetar los usos y costumbres de todos.

Roma, ese pueblo conquistador, que fué un día dueño de casi todo el mundo, dió en este asunto la más alta prueba de sensatez. Cuando los romanos

sometian á un pueblo, lo primero que hacian era respetar sus costumbres, y de este modo, siendo Roma señora de tantos y tan diversos países, dando la ley á tantos y tan apartados súbditos, recibiendo tributo y homenaje de tantos reyes convertidos en vasallos suyos, supo imponer sus leyes, hacer que se hablara su idioma, que se adorasen sus dioses, que se adoptaran sus juegos, sus fiestas cívicas, su moneda, sus magistrados, y hasta parte de sus costumbres, precisamente porque habia respetado las de los otros.

Así, pues, lo repetimos, las costumbres no se pierden. Cuando decimos tal cosa, decimos una vaciedad falta de sentido. Mientras haya pueblos habrá costumbres, y en todas las lenguas, vivas ó muertas, podrá escribirse con más ó ménos acierto la frase que sirve de epígrafe á este artículo.



## LAS MEDIAS AZULES.

### TRADICION CASTELLANA.

#### I.

En pocas provincias de España se conservan tan puras las tradicionales costumbres de nuestros antepasados como en las cuatro más antiguas de Castilla la Vieja, á saber: Soria, Segovia, Palencia y Salamanca. A casi todos los demás pueblos, por apartados que se hallen de las grandes capitales, y sobre todo de la córte, la moda ha llevado sus exigencias á los trajes, á los muebles, é insensiblemente á las costumbres que con los muebles y los trajes se hallan encarnadas.

Existe en el carácter castellano algo que es refractario á las innovaciones, si estas han de atacar á sus hábitos; y por más que sea triste decirlo, las conquistas del progreso son harto lentas en esa rica porcion de España, porque el amor á las costumbres se sobrepo-

ne en sus honrados habitantes á toda otra clase de amores.

Hijo, asimismo, de ese carácter poco aventurero, es el estacionamiento de las familias en un mismo punto durante muchas generaciones, así como las uniones entre sí, sin cruzamiento de ninguna especie, pues los mozos de un lugar apenas si se aventuran á buscar esposa en otro que diste del suyo más de una jornada. La pureza de los tipos es la consecuencia natural de estas uniones, y puede verse que, mientras en otras provincias apenas se encuentran vestigios de la raza primitiva que las pobló, en Castilla la Vieja basta salir de las capitales algo numerosas para hallar en los pueblos el tipo característico de las huestes que seguían la bandera de Isabel la Católica en los primeros días de su reinado.

De las cuatro provincias que hemos citado antes, la de Segovia es quizá la que con más pureza conserva las antiguas costumbres, y en la que menos se ha bastardeado el tipo castellano, sobre todo en las mujeres.

El que no haya podido admirar, bajo su rústico traje de lana burda, la belleza especial de las segovianas, su rica encarnación, la firmeza y redondez de sus formas esculturales, su talle estrecho, sus anchos hombros,

su seno prominente, sus ojos grandes y melancólicos, sus labios rojos, sus menudos y blancos dientes, sus piés arqueados, sus manos finas, nerviosas y perfectas, y su negra y abundante cabellera, no puede tener idea de lo que es una mujer verdaderamente hermosa; pero con esa hermosura severa que infunde respeto al más osado. La belleza de la jóven castellana no incita, no provoca; carece, si se quiere, de esa seducción que poseen las de otros países, su hermosura es exclusivamente suya.

Niña durante mucho tiempo, conserva en el semblante el sello del candor hasta más allá de la pubertad, y apenas si se adivina la mujer en la jóven que cuenta sus 18 primaveras. Solo sabe una cosa, y eso desde que juega con las muñecas, y es que llegará su día en el que cambiará sus medias blancas por medias encarnadas.

## II.

Modesta se llamaba la niña más gentil del pueblo de... de la provincia de Segovia. Su padre, labrador medianamente acomodado, estaba más orgulloso de tenerla por hija, que

de poseer los mejores pares de mulas y las más fértiles tierras de labor del contorno; y eso que el tío Santiago, el Rojo, era interesado, y amaba mucho sus tierras y sus yuntas. En cuanto á la señora Marta, madre de Modesta, no hay para qué decir si estaba ufana con su hija; con añadir que la reñía durante doce horas diarias, está dicho todo, porque á las buenas madres castellanas se las figura que no quieren á sus hijas si no las riñen mucho, y lo uno está en proporcion con lo otro.

—Eres una perezosa, decia la señora Marta á Modesta, cuando, á las cinco de la mañana en verano, y á las siete en el invierno, no se habia ya lavado y peinado. Eres una perezosa, y no hallarás quien *te ponga las medias encarnadas*.

Si la jóven tardaba un poco en volver de la fuente, á la que iba para charlar y reir con sus compañeras; si pasaba algun minuto más peinando su hermosa cabellera negra, pesada y lustrosa como el azabache, ó si en el huerto cantaba alguna copla nueva, ya estaba la señora Marta con su sermon y eterno estribillo:

—Te digo que no has de hallar quien *te ponga las medias encarnadas*. No se puede contigo: eres una holgazana.

Mas cuando esta madre se juntaba con otras madres, y hablaban todas de sus hijas, la escena cambiaba por completo: empezaba el rosario de las alabanzas, y Modesta era proclamada como el modelo de las jóvenes juiciosas; bella, hacendosa, humilde y buena como *el pan de Dios*.

La señora Marta repetia en vano su estribillo: Modesta sabia muy bien, pues se lo habia dicho muchas veces el espejo, que sus medias *blancas* se cambiarian por otras *encarnadas* tan pronto como ella quisiera.

### III.

Lo que vamos á referir hace muchos, muchísimos años que pasó, y por su antigüedad tiene ya en el pueblo de..... carácter de legendario.

La hermosa Modesta continuaba escuchando con humildad los sermones de su buena madre, que cada dia la adoraba más, y más la regañaba. El tio Santiago, el Rojo, se miraba en los grandes ojos de su hija, y cada vez que hacia una buena venta de granos, ó el esquileo de las ovejas habia producido blancos y rizados vellones, que él cambiaba

por hermosos escudos de oro, decia muy satisfecho:

—Esto es para cuando la chica cambie las medias *blancas* por las *encarnadas*.

Así pasaba el tiempo. Algunos jóvenes de la comarca se habian presentado como pretendientes de Modesta; pero ni la jóven tenia prisa por dejar la casa de sus padres, ni estos se habian aún acostumbrado á la idea de que su hija les abandonara.

#### IV.

Existen aún cerca del pueblo de..... las ennegrecidas ruinas de un castillo señorial que, por su masa imponente, revelan lo que un dia debió ser aquel medio palacio, medio fortaleza. El foso, mal cegado, ofrece sinuosidades que ha cubierto la maleza. En algunos puntos de pendiente más suave y tierra ménos ingrata, menuda yerba y florida mielga brindan á las ovejas sabroso pasto, y ellas, aprovechando el convite, diseminándose por la ladera, la esmaltan de blanco y negro. Los pastores, entre tanto, rezguardados del sol ó del frio en las ruinas, divierten sus ocios labrando flautas rústicas, y no menos rústicas

cucharas de boj; y cuando, bajo los paredones derruidos, ó en las estrechas arcadas, que aún se conservan en pié, repite el eco las melancólicas canciones pastoriles, parece que las almas de los antiguos habitantes del castillo se quejan de los estragos que la inexorable mano del tiempo hizo en su suntuosa morada.

V.

Hemos dicho que han pasado muchos, muchísimos años desde que Modesta, la hija de Santiago, el Rojo, era una niña hermosa y gentil, encanto de cuantos la conocían, y codiciada prenda de todos los jóvenes del contorno. Por aquel entonces, el castillo, del cual solo quedan informes ruinas, estaba en pié, ostentando toda su magnificencia; y una nube de pajes, criados y dueñas poblaba sus cámaras. Su inmensa cocina daba constante albergue á huéspedes alegres y bravos que venían de las tierras vecinas á cazar y conspirar en compañía del señor de la casa, y la vida y el movimiento se esparcían en torno del hogar.

VI.

Era una hermosa tarde de otoño. Los últimos rayos del sol poniente doraban las copas de los árboles, que comenzaban á teñirse del amarillento color de la tristeza. Las flores inodoras, propias de la estacion, balanceaban sus corolas melancólicamente sobre sus tallos, prontas á marchitarse á las primeras escarchas; pero aun era bello el aspecto del campo, que ofrecia fuertes contrastes de luz y sombra, á medida que la primera bañaba los puntos salientes, mientras las segundas le disputaban su dominio.

La campana del castillo lanzó al espacio el toque de *Angelus*, repitiéndolo todas las que coronaban los templos de los pueblos vecinos. Los pastores, que marchaban conduciendo sus ganados al aprisco, y los labradores que volvian de sus faenas, descubriendo sus cabezas, repitieron el saludo del ángel á la doncella de Nazareht, rezando el Ave-María; mientras que el sol, que parecia esperar este momento para ocultarse tras las empinadas crestas de la montaña, lanzaba su postrer rayo sobre el valle.



En la fuente estaba Modesta en aquel momento llenando su pintado cantarillo, riendo y charlando con sus compañeras, como gorjea una banda de alondras que ha encontrado un surco lleno de grano mal cubierto que les ofrece un opíparo banquete. Al escuchar el toque de *Angelus*, todas las jóvenes hincaron la rodilla en tierra, y doblando sus hermosas cabezas murmuraron la plegaria de la tarde.

Terminada la oracion, levantáronse las muchachas, echando de ver que habian tenido un compañero de rezo.

—¡Dios os guarde, hermosas! y á tí, la más hermosa de todas, exclamó, dirigiéndose á Modesta, aquel extraño que se habia mezclado con ellas en la oracion.

—¡Calla! dijeron todas: es el señor Mendo.

—Sí, hijas mias, y me encamino á la casa del buen Santiago, el Rojo, por órden de mi amo, y además para asuntos propios, añadió, mirando intencionadamente á Modesta, que se puso encendida como una rosa recién abierta.

—Sed bien venido, señor Mendo, respondió la jóven. Mi padre se alegrará de verle en nuestra casa.

—Tú te alegrarias más de ver á otra per-

sona ¿no es verdad? Pero ya arreglaremos eso, hija mia.

Marcharon todos al pueblo. El buen Mendo fué bien recibido del tío Santiago. La señora Marta riñó, como de costumbre, á todo el mundo. La comision de compra de granos, que el señor del castillo habia encargado á Mendo, se hizo á satisfaccion de todos, y pocos dias despues se dió como cosa terminada que Modesta se casaria con Andrés, gallardo mancebo, hijo de Mendo, uno de los arrendatarios del castillo, que además gozaba ciertos fueros de mayordomo, y por ende ofrecia un ventajoso partido, aun cuando Santiago, el Rojo, diera un dote crecido á su hija única. Hubo envidias y falsos parabienes, y por último la boda se aplazó para la primavera próxima.

La señora Marta, que cada dia amaba más á su hermosa hija, y por lo tanto se creia obligada á reñirla con más frecuencia, habia cesado en su estribillo. Ya no le decia: —¡Calla! que no has de hallar quien te ponga *las medias encarnadas*. Pero pasaba el dia dándola consejos, preparando el ajuar de novia, encontrando todo pobre, todo mal hecho; y cuando Modesta no se hallaba delante, llorando á hurtadillas de pena y alegría

al propio tiempo, creia que la jóven sería feliz y sentia, sin embargo, un dolor cruel al separarla de su lado.

VII.

Llegó por fin el dia de la boda. Era una bella mañana del mes de Mayo. El valle y la montaña amanecieron vestidos de gala, y desde el humilde tomillo, hasta el altivo rosal silvestre, todas las flores parecian empeñadas en perfumar el ambiente con sus más ricos y delicados aromas.

La comitiva que debia acompañar al templo á la feliz pareja era lucida y numerosa. Del pueblo y del castillo habian acudido manebos y doncellas ataviadas con sus más vistosos y ricos trajes. Las *medias blancas* estaban en mayoría, y las jóvenes parecian un áscua de oro con sus lindas monterillas bordadas de brillantes lentejuelas; sus camisas de blanco lino, primorosamente plegadas al derredor del cuello; sus jubones de *velludo* con botonadura de plata en forma de cascabeles, y sus faldas de *anascote*, orilladas de preciosos galones de seda y oro. Pero donde lucian todos sus primores era en las ricas me-

dias blancas ó encarnadas, distintivo fijo de casadas y solteras. Eran las de las primeras de rica grana, con piñitas bordadas de oro y seda de brillantes colores, y el pié, breve y arqueado, se encerraba en un pequeño zapato de velludo negro con hebillas de plata; mientras que las segundas llevaban medias lisas de una blancura deslumbradora y zapatos negros con hebillas de oro. Las viudas no se presentaban jamás en el templo durante los desposorios, por lo que no podían verse *medias negras* en aquel lucido y alegre cortejo.

El ruidoso tamboril y la flauta rústica acompañaban á los novios, y todo el pueblo se habia reunido en la plaza de la iglesia para ver la *boda*, y en verdad que lo merecía, pues Modesta y Andrés, eran la pareja más bizarra que podía encontrarse en treinta leguas á la redonda.

—¡Vivan los novios! gritaban mozos y viejos, cuando estos salieron del templo cogidos de las manos. ¡Vivan los novios!

—¡Que vivan! repetían sin cesar, siguiendo á la comitiva hasta la casa de Santiago.

—Gracias, muchachos, contestó el Rojo, parándose en el umbral. Gracias: ahora á beber y á bailar á la salud de mis hijos.

Y dos criados empezaron á repartir gran-

des jarros de vino azucarado, mientras el tamborilero y el flautero lanzaban al viento sus ruidosos acordes.

No describiremos hora por hora aquel alegre día, triste solo para la buena señora Marta, que ya no se atrevía á reñir á su hermosa hija, comprendiendo que su autoridad acababa donde daba principio la del marido. Como aquel á quien han robado una rica joya y la ve en manos del ladron sin atreverse á reclamarla, así miraba la buena madre á Modesta al lado de Andrés, y con su rugosa mano se limpiaba, á hurtadillas, las lágrimas que le arrancaba el pesar.

### VIII.

Alegre amaneció tambien el día de tornaboda, como si hubiese de ser un día feliz. La señora Marta penetró la primera en la alcoba nupcial de su hija para darla un tierno beso y saludar antes que nadie á los esposos; pero solo halló en el lecho á Modesta, trémula y agitada.

Sobre el labrado escaño de nogal yacían en desórden las prendas todas del rico traje de novia, y colocadas en la cabecera del le-

cho las *medias de grana* que, según la usanza, el mismo esposo debía poner á la recién casada en la mañana siguiente á su noche de bodas.

Modesta, á pesar de la inquietud que sintió al despertar, viendo que Andrés no estaba á su lado, permaneció en la cama, sin atreverse á infringir la tradicional costumbre.

Corrían las horas y Andrés no volvía. Una mortal inquietud se apoderó de todos. ¿Qué podía haber sucedido? ¿Por qué el joven no se hallaba en su lecho? La alarma se propagó muy pronto en el pueblo. Los afligidos padres de Modesta no sabían qué partido tomar, y la infeliz desposada tuvo que añadir á todas sus angustias el tormento de verse relegada en la alcoba nupcial, porque la costumbre, convertida en ley, no la permitía volver á tomar sus *medias blancas*, ni ponerse por sí misma las *encarnadas*, sin que antes lo hubiese hecho su esposo, proclamándola con este acto *pura* y digna compañera suya.

Pasó el día y la noche con todas sus angustiosas dudas, y otro día y otra noche más, y Modesta continuó en el lecho nupcial, que para ella se había convertido en un lecho de espinas. Tantos dolores quebrantaron su salud, y después de una grave y penosa enfer-

medad, cuando, estenuada y pálida, salió de aquella alcoba, en donde habia entrado más fresca y lozana que las rosas de Mayo, su buena madre habia labrado para ella unas *medias azules*. Modesta no era, pues, ni casada, ni doncella, ni viuda, y por lo tanto no tenia derecho para llevar en las *medias* ninguno de los tres colores consagrados por el uso.

IX.

Mucho tiempo vivió la infeliz Modesta en aquel estado. Su espléndida hermosura se marchitaba, como se marchita la de esas flores arrogantes, á las cuales una tempestuosa tarde de estío roba su lozanía, y acaban por morir agostadas despues de haber perdido sus galas y perfumes.

Su madre, aquella buena Marta, que tanto la adoraba y tanto la reñia, cegaba llorando dia y noche, repitiendo sin cesar:—Yo, yo tengo la culpa, Dios me ha castigado, porque tantas veces la dije á mi pobre hija que *no habia de encontrar quien la pusiera las medias encarnadas*.

X.

Corrian entonces aquellos turbulentos dias en que los castellanos, divididos en bandos, luchaban unos en favor y otros en contra de la hija de Enrique IV, el Doliente. Los partidarios de la Beltraneja y los de su tia doña Isabel, conspiraban unas veces en la sombra y otras á la luz del dia, esperando cada cual el triunfo de la causa que defendia y la derrota de sus contrarios. La juventud impetuosa se comprometia sin reflexion, y llegado el momento de obrar era necesario cumplir los compromisos.

Andrés, el esposo de la pobre Modesta, pertenecia á uno de esos bandos. Conspirador oscuro, se creyó olvidado, porque nadie le recordaba su deuda, y precisamente el dia de sus bodas sus compañeros le buscaron.

Era preciso acudir, ó de lo contrario exponerse á la deshonra y á la venganza. Andrés acudió, y Modesta se encontró casada y sin esposo.

Cuando las luchas civiles terminaron y triunfante el partido de doña Isabel, ésta fué proclamada reina de Castilla y de Leon, los



huesos de muchos infelices de los que habían abandonado sus hogares blanqueaban los campos.

Algunos, muy pocos, volvieron á ver el modesto campanario de su pueblo; y sentados en torno del hogar, en las frías y largas veladas del invierno, referían á sus amigos y parientes los azares de aquella prolongada y sangrienta lucha. Andrés tuvo la suerte de ser uno de estos pocos; y despues de haber celebrado con inmenso júbilo su regreso, y el día de su tornaboda, y de haber, por sí mismo, puesto á su esposa las *medias encarnadas*, que yacían en un rincón del arca, con todas las demás prendas del traje de novia, la señora Marta dijo á los concurrentes:

—¿Y ahora qué hacemos con las *medias azules* que ha llevado mi hija?

—Servirán, respondió un anciano, para la viuda que, olvidando á su primer marido, vuelva á casarse.

—Dice bien, exclamaron todos. Así serán conocidas en adelante las que profanaren con un nuevo esposo el lecho en que entraron doncellas.

Aprobada la proposición por todos los ancianos, la costumbre hizo ley, y desde entonces, en toda la provincia de Segovia, las

*medias azules* son una especie de *sambenito* que muy pocas mujeres se atreven á echarse encima.

Esto sucede aun en los momentos en que narramos esta antigua tradicion; pues, segun decimos al comenzar, en Castilla la Vieja se rinde un culto tal á las costumbres de nuestros antepasados, que en vano será buscar nada parecido en cualquier otro punto de España.

El uso, sin embargo, se ha modificado algun tanto con referencia á las medias encarnadas. En la actualidad el cambio se verifica en la sacristía de la parroquia, en donde penetran los novios, acompañados de la madrina, luego que ha terminado la misa. Para evitar molestias, la recién casada lleva debajo de las medias blancas las encarnadas que constituyen el distintivo de su nuevo estado. De esta manera, con solo quitarse las primeras, se realiza el objeto.

## Á ORILLAS DEL MANZANARES.

---

### L

Las costumbres se pierden; vivimos en pleno cosmopolitismo, y ya no hay tipos, ni trajes nacionales, ni canciones populares, ni *aires* del país.

Esto oímos decir todos los días, y mirado así, á la ligera, casi nos parece verdad. El mismo *Curioso parlante* se vería hoy algo apurado, si de nuevo pensara escribir aquellos preciosos artículos en los que tan gráficamente nos pintaba *Las ferias de Madrid*, *El Retrato* y *Pan y toros*. *Santiago el Verde* ya no existe; nadie recuerda siquiera *La misa de San Gerónimo*; la misma *Romería de San Isidro* apenas si conserva algo de lo que era hace veinte años.

*El Rastro*, *La casa de vecindad*, y otra porción de cuadros de costumbres, que Madrid

tenia como cosa propia, y que lo caracterizaban, han cambiado por completo de fisonomía, y la generacion que nos precedió no reconoceria, en lo que hoy es el mercado general, á la antigua plaza de la Cebada; ni en esa mole pesada, fea, simétrica, angulosa y maciza como una prision, podria figurarse la alegre casa de vecindad con sus disputas, sus bailes y su chismografía.

Por eso decimos que casi tienen razon los que exclaman de vez en cuando: «las costumbres se pierden;» pero nosotros que, por carácter, somos observadores, hemos visto un punto, quizá uno solo, en el que lo gráfico, lo puramente típico, se conserva: este punto es *El Manzanares*. En sus arenosas orillas existe aun algo de aquello que Mesonero Romanos nos describió con tanta gracia y Velazquez pintó con tanta verdad. No poseemos ni la pluma del primero, ni la paleta del segundo; pero si la voluntad sirve de algo, en este caso la tenemos, y vamos á probarlo, procurando delinear un boceto, ya que no podamos hacer un cuadro acabado, de lo que son las orillas del Manzanares, y lo que se conserva en ellas de las antiguas costumbres.

El progreso nada ha tenido aun que ver

con este venerable simulacro de río, en el que todo abunda menos el agua. El famoso puente Verde que lo atraviesa, y por el cual se pasa desde la orilla principal, ó sea la que mira á Madrid, á la renombrada pradera del Corregidor, y á la no menos conocida Fuente de la Teja, es el mismo. Sus traviesas carcomidas, sus tablones mal seguros, y su barandilla eternamente pintada de verde, podrían contarnos la historia de seis á ocho generaciones de madrileños, que lo han atravesado una ó dos veces cada año para solazarse en la antedicha pradera del Corregidor.

Los *tinglados*, cubiertos de viejas esteras; los tenderos, formados con estacas ó *espárragos* y cuerdas de esparto, *jaretas*; los cajones y bancas, en donde se embuten diez ó doce horas diarias las pobres lavanderas; las casetas en donde se hace la colada y se deposita la ropa durante la noche; las tinas y cubas de madera para el recuelo, todo esto lo reconocería el mismo Francisco Juara, si resucitase de repente, y volviera á ejercer su primitivo oficio de hostelero en el Cubo de la Almudena, ó el festivo D. Francisco de Quedo, si le fuera permitido renovar sus correrías diurnas y nocturnas por los alrededores de la Virgen del Puerto.

Las sucias linfas del arenoso Manzanares, más milagrosas que las claras aguas del Jordán, limpian, hace siglos, las manchadas ropas de los habitantes de esta muy noble y muy heroica Villa, sin que ellas hayan logrado purificarse jamás; y lo prodigioso está en que el lavado hecho en tales aguas es magnífico, esplendente, y nada hay que iguale en blancura á una camisola lavada en el Manzanares entre arena é inmundicia: quizá por esto el progreso no se ha tomado la molestia de visitar este famoso río, que mereció inspirar á Góngora en sus buenos tiempos, y cuando aun se le comprendia.

Tan tradicionales como el río y sus accesorios, son los oficios de lavandera y *amo* de casilla. Podrá la hija de la primera, cuando es jóven todavía, aprender otro oficio cualquiera; pero á la muerte de su madre heredará la *parroquia* y se hará lavandera, y el mismo camino seguirán sus hijas, si las tuviera, y si fuesen hijos sus nueras y sus nietas. Con esta tradicion constante, se comprende que la fisonomía de las orillas del Manzanares haya variado tan poco.

En vano será buscar en su largo trayecto ni un solo rasgo que acuse las innovaciones del progreso. Los lavaderos de pila, las máquinas

jabonadoras, el agua acidulada para apresurar el blanqueo, los caños de agua caliente para el invierno, los tendederos cerrados y cubiertos para los días lluviosos, y otras mil ventajas introducidas por los adelantos modernos, podrán haberse adoptado en Barcelona, Sevilla, Valladolid, Segovia y otras muchas partes, en donde, á falta de ellas, tienen agua en abundancia, y si se quiere no eran tan necesarias; pero no en Madrid, en donde, la ropa de trescientas mil almas, se lava en unos cuantos arroyos que, reunidos, no merecerían nunca el nombre de río. Precisamente en esto está el mérito de la constancia, el poder de la costumbre; por eso hemos dicho al comenzar, que aún queda algo que tiene su fisonomía propia: este algo son *las orillas del Manzanares*, y por eso hemos querido, antes de empezar lo que verdaderamente ha de componer este capítulo, hacer una ligera reseña del estado en que se encuentran los componentes del cuadro que intentamos trazar, ó á lo menos bosquejar.

## II.

Figurémonos una mañana del hermoso mes de Mayo: aun no quema el sol, ni tam-

poco hace ese frio glacial que *hiela las palabras*, como vulgarmente se dice. Por eso las mujeres que van llegando tienen ganas de charlar y lo hacen de muy buena voluntad.

Es martes, dia en que comienzan sus faenas las lavanderas de oficio, y en el que tambien van á lavar sus ropas las artesanas, que no quieren ó no pueden pagar el lavado: á estas últimas las señalan las primeras con el gráfico epíteto de *talegueras*.

—Fulana, dice una vieja Náyade del Manzanares, á otra no menos anciana y arrugada compañera: Fulana, *arrepara* y ¡qué *güena* ropa! *Ma salio* una casa nueva de una *comandanta*, en donde no sé si habrá señor, porque camisolas, ni calzoncillos no *man dao ni uno*; pero lo que es *faralares* no faltan; ¡qué enaguas! ¡qué batas! chica, ¡*la mar!* Pues, ¡y chambras? y ¡peinadores? no digo nada. Mira, mira qué paños de tocador. ¡Calla! y esto ¡qué es?

Entonces muestra una prenda cuyo uso y nombre no conocen, pero que las hace reir largamente y hacen no pocos comentarios. Este diálogo se repite algo más allá en otra forma y termina de otra manera: todo se comenta; un encaje desgarrado, un pañuelo tinto en sangre, un vestido manchado de vino,



suelen revelar un drama, una tragedia, una orgía, y la ruda imaginacion de la lavandera no siempre se equivoca en los comentarios.

### III.

Pero pasan las horas, el trabajo comienza, el sol sube lentamente hácia el zenit, y las escenas adquieren más animacion, más vida. Mil voces discordantes entonan á la vez cantares, estribillos y tonadas diferentes. Las figuras de este inmenso cuadro están todas en movimiento: unas lavan; otras tienden; aquella está comiendo, mientras ésta da el pecho á un niño, y á la vez da vueltas á las piezas de ropa que tiene á su lado.

Por entre los estrechos senderos, que se cruzan en mil direcciones distintas, pasan de cuando en cuando los vendedores de agua, de pan, de frutas y de otros cien artículos que son, para aquel sitio, de primera necesidad; en una hora dada llega tambien el momento de diversion. Los músicos ambulantes no echan en olvido las orillas del Manzanares, y llevan allí sus melodiosos instrumentos para que las ninfas se solacen. El ciego, con su perro y su guitarra, es casi un

amigo, ó por lo menos un conocido, una visita diaria. Él toca, ellas bailan algunos minutos, luego le dan las sobras de la comida, le pagan un vaso de vino, y terminado el concierto vuelve el trabajo.

#### IV.

El día sigue avanzando; el sol desciende al ocaso; el cuadro continúa tan animado como algunas horas antes; mas como lo miramos desde un punto de vista diferente, presenta otro colorido, otras tintas.

Alegres grupos de muchachas charlan, rien, cantan y bromean como locas: son criadas de servicio, que bajan al río uno ó dos días á la semana para *economizar* á sus amos el gasto de la lavandera. ¡Pobres amos! ¡y qué cara suele salirles la tal economía! Por de pronto, rara es la semana que no se pierde alguna prenda de ropa (siempre de las mejores) y luego, ¡qué cuentas! ¡gran Dios! Cuartos para la banca, cuartos para el tendedero, cuartos para el recuelo, cuartos para que un chico suba y baje el talego, cuartos para agua, para alfileres, el jabon y la merienda. Nada, lo dicho: la *economía* queda

reducida á cero. Pero volvamos al grupo: cada moza deberá contarse por dos, ella y su novio, que suele ser un soldado de la guarnicion. Una vez terminada la tarea, baile al canto: se merienda primero en amor y compañía; y despues se juega y se baila hasta la hora de retirarse, que es siempre á la puesta del sol. Pero, momentos antes, ¿qué cuadro tan gráfico presentan las orillas del Manzanares? Como el ruido es mucho y discordante, nuestros nervios no pueden resistirlo de cerca: retirémonos un poco, y podremos apreciar mejor los detalles que la proximidad confunde fácilmente.

Hay más: el agua, que casi habiamos olvidado, á pesar de hallarnos á las orillas de un rio, el agua huele mal: está espesa, viscosa, cargada de jabon y de inmundicia, y esta es una razon muy poderosa para que tomemos distancia. De lejos, los rayos del sol hieren oblicuamente los seis ú ocho arroyuelos que forman el rio, y al reflejarse en ellos, les hace brillar como si fueran *cintas de plata*, que diria un poeta. Los árboles muestran sus copas cimbreantes, coronadas de verde follaje. El suelo, manchado aquí y allá por algunas matas de verdura (ortiga y malvas) ofrece de lejos el aspecto de un hermoso mo-

sáico. Los tendederos, presentando sus banderas de mil colores, tantos como son las piezas de ropa que sostienen las *jaretas* y los *espárragos*, acaban de dar carácter al panorama; y por último, lo que antes hemos dicho, los alegres grupos de sirvientas y soldados, de niñeras y pilluelos; los mozos de cuerda que bajan y suben sacos; los vendedores que se retiran, las lavanderas que se llaman unas á otras; aquí que rien, allá que bailan, más allá que disputan, los chicos que lloran, los perros que ladran, y el agua que no corre, que no tiene murmurio, que casi, y sin casi, desaparece detrás de todo el conjunto de seres y objetos que hemos citado; hé aquí lo que constituye el cuadro que procuramos bosquejar, y que bautizamos de nuestra propia autoridad, con el título de *A orillas del Manzanares*.

Sin vanidad creemos que, si no por lo bueno, por lo verdadero, y por lo poco que ha variado, lo reconocería, según dijimos al comenzar, el mismo D. Francisco de Quevedo. No todas las costumbres se van; no á todas partes llega el progreso. Que esto sirva de consuelo á los que lamentan que lo antiguo se pierda; á los que apedrean las locomotoras y reniegan de las máquinas.

— 38 —

LA VELADA EN CASTILLA LA VIEJA.

---

Nuestros lectores nos habrán de perdonar si, en estas líneas, así como en otras que hemos de trazar, encuentran cosas que van pasando. Desgraciadamente esta tendencia indica que va pasando también nuestra juventud, y que, al volver la vista hacia ella, la vemos huir tan de prisa, que por todos los medios intentamos retenerla: únicamente de este modo puede explicarse que, siendo nosotros amantes en alto grado del progreso, sintamos un placer hablando de viejos usos y añejas costumbres que, poco á poco, van desapareciendo, y hasta sintamos un punzante dolor al verlas borrarse.

El hombre, compuesto de espíritu y materia, no puede, no le es dable, separar el uno de la otra; y si el primero, obedeciendo á un poder superior que lo empuja hacia adelante,

ama las innovaciones, quiere y aspira siempre á llegar á un más allá, la materia, adherida á la tierra de donde procede, y á donde ha de volver, ama cuanto la rodea y necesita para sus goces aquello que está con ella identificado. La vieja casa en que corrieron nuestros primeros años; el casi inculto jardín, testigo de nuestros juegos de la infancia; los árboles centenarios que sombreaban el pórtico de la iglesia; las ruinas del derruido edificio, que guardaba para nuestras infantiles imaginaciones tan pavorosos fantasmas, y por último, la ancha campana del hogar, bajo cuyo ennegrecido dosel se reunían nuestros abuelos al amor de la lumbre, no pueden nunca perder por completo el encanto que sobre la materia ejercen, á despecho del entusiasta culto que nuestro espíritu rinde á todos los adelantos morales y materiales del progreso. Así pues, lo repetimos, nuestros lectores nos habrán de perdonar, si recordamos, hasta con veneración, una vieja costumbre que rápidamente va desapareciendo: esta costumbre es *la velada*.

La velada de que nosotros hablamos no es la tertulia de confianza, en donde se juega, se toma chocolate y se habla de política; tertulia que ha variado muy poco en esencia,

aun cuando sí en su forma. La tertulia de la ciudad ó la del campo es siempre la misma con sus aires aristocráticos: nosotros hablamos de *la velada* en donde las horas se dedican exclusivamente al trabajo.

Un telar, un torno, una devanadera, el rastro para preparar el lino, la rueca, el huso, la almohadilla, los palillos para confeccionar el encaje, y la clásica cestilla, con la no menos clásica calceta, eran todos los elementos que entraban como componentes en la *velada* que nosotros recordamos. La madre, la abuela, las hermanas mayores, el padre alguna vez, el abuelo siempre, una ó dos vecinas con sus niños, si pasaban ya de seis años, y alguna próxima parienta, tia, prima ó cuñada, eran los concurrentes, y las horas de empezar y terminar respectivamente, las seis y las diez de la noche en las largas y frías del invierno.

¡Qué agradable sonaba á nuestros oídos de niña, el discordante, é inarmónico rumor producido por el telar y el torno! El crugir de las llamas del hogar, y el batir del viento y la lluvia en los vidrios de la ventana; el murmullo del huso en su continuo girar, las vueltas vertiginosas de la devanadera, el oscilar de las luces, todo servía de entreteni-

miento á nuestra infantil fantasía, siendo de ver la unida admiracion que se pintaba en los ojos extremadamente abiertos de todos los niños allí reunidos.

Pero lo que más caracterizaba la *velada* eran los *cuentos* que, ya la abuela, ya la vecina más anciana, se encargaban de narrar. Era de todo punto imposible concebir una *velada* sin cuento.

El tiempo de la vela comenzaba el 4 de Octubre, ó sea el dia de San Francisco, y terminaba el 19 de Marzo, dia de San José. Pues bien, era necesario, necesario de todo punto, tener reunidos en la memoria, entre la abuela y la vecina encargada de ayudarla en la tarea de narradora, de ciento veinte á ciento cuarenta cuentos, toda vez que, por lo menos, habia de contarse uno cada noche.

Los niños agrupados en torno á la narradora, extendian anhelantes sus rubias ó morenas cabecitas, y todos á la par exclamaban:

—Un cuento, abuelita, un cuento.

—Sí, sí, un cuento, añadía el resto de los concurrentes; un cuento.

—Y que sea largo, pues todavía no han dado las ocho.

—De *encantados* ¿oye usted, abuela? exclamábamos todos los niños, no obstante



que despues nos moriamos de miedo al atravesar sin luz algun oscuro pasadizo al irnos á la cama.

—No, de encantados no, decia una jóven, de *enamorados*.

—No, abuela; que sea cuento de *risa*, añadia otro de los circunstantes; un cuento en donde haya un pastor bobo, y una hija de un rey que se casa con él.

Este tiroteo duraba algunos minutos: la abuela se ponía séria y decia:

—Si me molestais más, no hay cuento.

Entonces todos callábamos como por encanto, y el cuento empezaba con el consabido: *Pues señor.....*

Este era el momento más característico de la *velada*. El pintor que se hubiera querido tomar el trabajo de copiar aquella escena animada, aquel elocuente mutismo de todos, pendientes de las palabras de uno solo; y en medio de la religiosa atencion con que se escuchaba, la actividad, el culto rendido al trabajo, si lograba dar vida al conjunto, hubiera hecho una obra maestra. Nunca el telar movia sus *cáculas* más de prisa; jamás el torno funcionaba con mayor rapidez, ni el huso danzaba con más gracia, ni la devanadera daba vueltas más rápidas; la al-

mohadilla, la calceta, nada estaba ocioso. La voz de la abuela parecia comunicar vida y animacion á todos los objetos y á todas las manos. En la hora que duraba el cuento, la labor crecia como la espuma, y al terminarse aquel, eran de admirar los adelantos que cada cual habia hecho en su tarea.

Las nueve solian dar cuando la narradora decia las sacramentales palabras de, *colorin colorado, ya mi cuento está acabado*; y casi al mismo tiempo, la campana, tocando á las *ánimas*, reclamaba una oracion por el eterno descanso de los que fueron, oracion que todos se apresuraban á rezar. Si el toque de ánimas sonaba antes de terminar el cuento, éste se interrumpia para rezar, volviendo á continuarle despues; pero solo el toque de ánimas era causa bastante para truncar el cuento, porque cualquiera otra cosa se aplazaba hasta su terminacion. Si alguno queria ser mal recibido en la *velada*, no tenia que hacer sino interrumpir el cuento, y á este tal, fuese hombre ó mujer, se le apostrofaba con el epíteto de *estripa-cuentos*, mirándosele, como vulgarmente se dice, por encima del hombro, es decir, con prevencion.

De las nueve en adelante la conversacion se hacia general. Aun se contaban algunos

cuentos pequeños, conocidos con el nombre de *chascarrillos*, ó cuentos de risa. Así se pasaba la última hora de la velada; y con un «buenas noches nos dé Dios á todos,» se despedían hasta la siguiente, en que volvían á repetirse las mismas escenas.

Que chicos y grandes soñaban con las maravillas narradas en el cuento de los encantados, era cosa sabida; y la velada siguiente comenzaba siempre por la referencia que cada cual hacía de sus impresiones de la víspera.

Pocos acontecimientos eran bastante poderosos para interrumpir esta costumbre en algunos pueblos de Castilla. Por un luto riguroso, las familias dejaban de asistir á paseos y á toda clase de diversiones; pero no de ir á velar. El trabajo ejecutado en la *velada* era de gran utilidad en las casas de mediana fortuna; pues aquellas cuatro horas consagradas á él, resarcían de lo corto que son los días en el invierno, en los cuales no puede atenderse á las necesidades todas de las familias: la costura, el repaso, y la confección de encajes, constituían el arreglo de las ropas de necesidad, y hasta de lujo, siendo el orgullo de las que lo llevaban á cabo.

Hoy todo ha cambiado. Las máquinas nos

dan primorosas labores, hechas en un tiempo casi inapreciable por lo rápido; y no siendo necesario en las casas ni tejer, ni coser, ni hilar, ó no hay *veladas*, ó en las tertulias, en lugar de trabajar y contar cuentos, se juega y se murmura.

Pero vamos á terminar, porque comprendemos que nuestro fatal amor al pasado, á las viejas costumbres, á los antiguos usos, nos llevará á decir mal del presente, y esto no puede suceder. El progreso es un bien, y todo lo que de él emana debemos respetarlo. A cada tiempo lo suyo, y «á cada Mayo sus flores,» como dicen los viejos. Los que vienen hoy no pueden echar de menos lo que no han conocido; pero deben ser indulgentes con los que nos vamos, porque este no es ya nuestro lugar; y mientras estemos en él séanos permitido dedicar un recuerdo á esos cuadros que nuestra fantasía nos reproduce confusamente como á través de un velo. Este es el tributo que, segun dijimos al comenzar, rinde la materia á todo aquello con lo cual se halla identificada.

---

## EL TIO-VIVO.

En la muy noble y muy heroica villa del oso y del madroño han desaparecido, desde hace veinte años, una multitud de costumbres que le eran propias, originales, que la pertenecian en absoluto, como le pertenecen los *zorricos* á las provincias vascongadas y la *muñeira* á los gallegos; pero aun quedan otras muchas. En Madrid, en donde viven hijos de todos los pueblos de España, cada uno de los cuales ha importado algo de su país natal para enriquecer este mosaico de múltiples y abigarrados colores, han existido costumbres propias que otras capitales tratan de imitar, aunque sin conseguirlo por completo; y á estas pertenece la que forma la diversion que vamos á describir.

No sabemos á qué tiempo se remontará la invencion de los caballitos de madera, y las

barquitas de lo mismo que, en un sencillo aparato, montado sobre un eje, dá vueltas como las aspas invertidas de un molino; pero es el caso, que en la córte de las Españas este aparato de las barquitas y los caballitos viene haciendo las delicias dominicales de las maritormes y soldados desde luengos años.

Los primitivos empresarios de este aparato-espectáculo, suponemos que tendrían un nombre de pila, y quizá también un *alias*; pero no ha llegado ninguno hasta nosotros; y si además de Juan, Pedro ó Matías, llevaron gloriosamente un apodo, éste quedó totalmente oscurecido en 1834, cuando el que en aquella época era dueño de los caballitos recibió el nombre de *El Tio-Vivo*.

No todos los que han oído hablar de tal personajesabrán, acaso, la historia etimológica de este apodo, convertido en nombre que, de la entidad de Estéban Fernandez, que así se llamaba antes de su segunda confirmacion, pasó al aparato de los caballitos, y de estos á todos los espectáculos de índole parecida que se han ido sucediendo y aumentando: por lo tanto, vamos á referir dicha historia, aunque muy sucintamente.

Sabido es que en el verano de 1834, Madrid se vió dolorosamente sorprendido por

la fatídica visita de ese terrible huésped asiático llamado el *cólera morbo*. Precisamente porque el clima de la capital de España es sano y refractario á toda enfermedad endémica, la mortandad ocasionada por el cólera aterró horriblemente á sus habitantes. No hablaremos ahora de los mil absurdos que se inventaron con tal motivo, ni de las mil patrañas á que se daba entero crédito. El terror aumenta la idea del peligro, y una de las fatales consecuencias del miedo es despertar en el alma humana un refinado egoismo. Además, el instinto de conservacion, que la Providencia misma encarnó en todos los seres animales, para que no destruyera la admirable obra de la naturaleza, camina de consuno con el terror y el egoismo en los momentos supremos; y por lo tanto todos pensamos mucho en nosotros mismos, muy poco en los demás, siendo nuestra primera idea alejar el peligro.

El cólera, siempre, y más aún en la época á que nos referimos, con su carácter contagioso, despierta, más que otra enfermedad cualquiera, ese natural deseo de rehuir el peligro; por lo que las familias que perdian un individuo víctima del terrible azote, procuraban sacar de la casa el cadáver lo antes

posible. Muchos dolorosos recelos ha despertado esta precipitacion que, en tales momentos se creyó necesaria, y lo que vamos á referir vino á confirmarlos.

El 17 de Julio del ya citado año de 1834 fué en Madrid un dia de luto y desolacion. Más de ciento cincuenta personas habian fallecido del cólera en la noche anterior, y no habia una calle en que no se escucharan ayes y lamentos de desesperacion. Rumores extraños corrian de boca en boca. Se hablaba del envenenamiento de las fuentes públicas, llevado á cabo por agentes misteriosos de no se sabe qué poder. Alguno debió indicar que tales agentes habian salido de los conventos, y el furor del pueblo, desolado, afligido, desesperado por los sufrimientos, no conoció límites. El degüello de los frailes fué llevado á cabo, y la sangrienta hecatombe de los conventos llenó una triste página en la historia.

El cólera no descendia, sino que, por el contrario, aumentaba diariamente sus estragos, y una de sus víctimas en aquellos momentos de confusion y desórden, fué el infortunado Estéban Fernandez, que tenia para ganarse la vida un aparato de caballitos de madera en lo que hoy se llama Paseo de las



Delicias, sito detrás del Hospital general. Muerto el buen Estéban, su familia solo pensó en sacar de la casa el cadáver. Cuatro amigos cargaron con las *andas* (entonces las cajas mortuorias eran un objeto de lujo vedado á los pobres), y se encaminaron al cementerio. Silenciosos y taciturnos marchaban en fúnebre cortejo los que llevaban en hombros al muerto, y los pocos amigos que le acompañaban en su último paseo, cuando al llegar al sitio próximamente en que estuvo el Circo de Price, el que creían cadáver, incorporándose bruscamente dentro de las *andas*, y arrojando lejos de sí el paño negro que le cubria, empezó á gritar: ¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo!

El terror que inspiró en el fúnebre cortejo estuvo á punto de serle fatal. Los que llevaban las *andas* las arrojaron al suelo, apretando á correr campo á través como si el muerto les pisara los talones. Otro tanto hicieron casi todos los amigos; pero al fin, alguno más valiente ó más caritativo, se acercó á las volcadas *andillas*, ayudó á levantar al pobre Estéban, y auxiliado de otros curiosos, le llevaron á una taberna de la calle del Piamonte, en donde recibió los primeros socorros que su estado requería.

La convalecencia fué larga; mas su fortuna estaba hecha. Desde aquel dia el tío Estéban Fernandez desapareció para dar paso al *Tío-Vivo*; y cuando el cólera hubo calmado su furor, y volvió á pensarse en diversiones, al reaparecer en el *Paseo de las Delicias* el aparato de los caballitos y las barquitas de madera, los habituales parroquianos del tío Estéban le saludaron con su nuevo nombre: le llamaron *El Tío-Vivo*, y el tío-vivo se hizo célebre, se hizo popular, fué conocido en todos los rincones de la córte; se le buscó, se le admiró como á una cosa sobrenatural, y hasta hubo quien le pidió noticias del otro mundo. Todo esto empezó por disgustar al buen hombre; pero al fin se acostumbó á su confirmacion, tanto más, cuanto que le era lucrativa; y olvidando él mismo su nombre de pila, se oyó llamar con complacencia *Tío-Vivo*, legando este apodo á sus hijos y descendientes.

Tal es la verídica historia etimológica del nombre que hoy tiene esta diversion popular que, segun decimos al principio, hace las delicias de las maritornes de segunda clase y los hijos de Marte y de *Belona*. Todos los domingos en las afueras de esta capital, y en todas las romerías del año, el *Tío-Vivo* re-

presenta un importantísimo papel. Ampliando sus aspiraciones, ó como si dijéramos, civilizándose, hoy, además de los caballitos y las barquitas, tiene columpios, montaña rusa y carrera de sortija.

Al estridente son de un destemplado tambor y de una flauta rústica, aquellos pintarrajeados aparatos giran con vertiginosa rapidez. Los gritos, las carcajadas, los apóstrofes, las enérgicas interjecciones, y las chanzonetas picantes amenizan la función.

Visto de lejos el lugar que ocupa el *Tio-Vivo*; el polvo que empaña la atmósfera; el discordante ruido de los tambores; lo variado de los diferentes uniformes, tan diversos como son los cuerpos de tropa que componen la guarnición; los colores chillones de los trajes; las banderolas que ondean en las puntas de los mástiles; los gritos de los vendedores; los perros que ladran; los chicos que lloran; las mujeres que rien ó cantan, y toda la infernal algarabía del conjunto, podría sospecharse que se está librando un reñido combate, más bien que una pacífica diversión.

Para que sea más exacto el parecido, no falta ni aun el vivac; pues cerca del *Tio-Vivo* se sitúan multitud de puestos de vino y aguardiente, de pan, de frutas, de escabeche y de



alojería. Este cuadro, iluminado por los encendidos rayos del sol poniente, no carece de poesía. Sus átomos de oro, cernidos á través de las espesas ramas de los árboles, coronando con una brillante aureola aquellas cabezas que se destacan vigorosas, ofrecería á un artista de genio un asunto rico en colorido, vário en detalles y original en el conjunto. Goya nos dejó algo parecido en sus lienzos; pero abrazan otros asuntos. No pinta exclusivamente el *Tio-Vivo de Madrid*.



## LA HIJA DEL TITIRITERO.

### I.

No siempre les fué permitido á los que hoy llamamos funámbulos, acróbatas y gimnastas, alternar en las sociedades con los demás ciudadanos. Los individuos que, en las calles y en las plazas, divertían al público *haciendo volatines*, dando saltos mortales, levantando peso con los dientes, comiendo estopas encendidas, y bailando sobre botellas, ó sobre cuchillos colocados con las puntas hácia arriba, no eran conocidos con los nombres que acabamos de citar, ni mucho menos se adornaban con el pomposo título de *artistas* que hoy se apropian: llamábanse lisa y llanamente *titiriteros*.

Estos pobres séres, casi párias, hacían una vida nómada; marchaban de pueblo en pueblo, llevando, como el caracol, la

casa sobre las espaldas, y dormían no pocas veces á la intemperie en verano y en invierno. Una tienda de campaña para guarecerse; un viejo tapiz para tenderlo en el suelo y hacer sobre él sus ejercicios, y algunas cajas de carton, en que guardaban los oropeles que les servían de adorno durante las funciones, era todo su equipaje. Si la fortuna les sonreía, solían tener un carro, tirado por un asno; y este carrito, además de trasportar sus enseres, servíales de casa para sus familias; porque aquellos infelices eran padres y, con asombro de las gentes, sus hijos solían ser hermosos como querubines.

II.

Era una fría y lluviosa tarde del mes de Noviembre. Un viento sutil y helado, esparciendo el agua en menudas gotas, azotaba con ellas el rostro, haciendo cerrar los ojos á las pocas personas que circulaban por las calles de Sevilla. La sultana del Guadalquivir tenia puesto su manto de niebla, y en sus encrucijadas estrechas se adelantaba la noche con asombrosa rapidez.

Quando ya el crepúsculo, uniéndose con

la sombra, empezaba á confundir los objetos, un carricoche, cuyo entoldado de caña estaba cubierto con un trozo de lona vieja, que parecia haber servido de vela á una barca pescadora, se deslizaba por la puerta del Conde, internándose en la desierta calle del Gallo mudo. Corrió á lo largo de las paredes, como temeroso de ser visto, hasta que, al llegar el conductor al ángulo de una calleja solitaria, hizo alto, guareciendo á la caballería y aquella especie de cajon, bajo el alero del tejado que resguardaba la entrada de una enorme puerta-carrera, condenada hacia largos años.

Tan pronto como el carrito hizo alto, el hombre que lo guiaba, y que iba envuelto en una vieja hopalanda rayada de negro y rojo, acercóse á una de las aberturas del toldo, y con una voz dulce, que no debía esperarse de él, á juzgar por su aspecto, empezó á llamar:

—¡Rosita! ¡Rosita! ¡Mari-Rosa!

Dos voces argentinas contestaron casi á un tiempo: una infantil, y otra como de una mujer jóven.

—¿Qué quieres, Jacobo? dijo la mujer.

—¿Hemos llegado ya, padre? interpeló la niña.

—Sí, ya hemos llegado. ¿Dormiais las dos?

—Yo no; pero la niña sí. Tenia tanto frio cuando nos metimos en el coche, que al momento que la abrigué se quedó dormida.

—¡Pobre hija mia! suspiró el padre. ¡Pobre hija mia! ¡Tan hermosa!...

—Verdad que sí, que es muy hermosa mi Rosita, murmuró su madre con orgullo. ¡Oh! ¡Cuántas duquesas quisieran tener una hija como la nuestra, como la de los pobres titiriteros!

—Sí, Mari-Rosa, sí; contestó dolorosamente el hombre de la hopalanda rayada. Nuestra hija, es muy hermosa; pero somos tan desgraciados, que temo que su hermosura sea una desgracia más. ¡Si á lo menos no creciera nunca! ¡Si fuera siempre niña como ahora!... Pero tiene ya once años; pronto será ya una mujercita, y entonces... vamos, no quiero pensar en ello. Tapaos bien las dos, que voy á buscar en donde podamos pasar la noche mejor que aquí, y si no lo hallo, á lo menos á traer algo para cenar.

El hombre se alejó, y la jóven, dejando caer la cortina que cerraba el carricoche, desapareció en el fondo. El pobre asno, transido de frio, sacudia sus largas orejas para librarse del agua que las mojaba, y de vez en



cuando alargaba la cabeza para cerciorarse de que seguía lloviendo, y de que el pesebre estaba aun muy lejos.

En vano recorrió el volatinero todo el barrio: en él no había posadas. Volvióse, pues, á donde quedaban su mujer y su hija, llevándolas algunas escasas provisiones que pudo hallar, y los tres pasaron la noche, como habían pasado otras muchas, bajo el toldo de cañas de su carrito. El pobre asno, comprendiendo que las abrigadas cuadras no se habían hecho para él, bajó filosóficamente la cabeza, metiéndola en un saco de cuero lleno de paja que su dueño le colgó al cuello antes de meterse en el vehículo.

### III.

Todo tiene fin en el mundo: hasta las largas y frías noches de invierno pasadas á cielo raso. Por lo tanto, también terminó aquella, que parecía no tener fin para la familia del saltimbanqui, que esperaba con ansia la luz del día, deseando salir del carricoche, estirar sus entumecidos miembros y disponerse á ganar algunos maravedises, divirtiéndose á los transeuntes.

La lluvia habia cesado; pero densos nubarrones encapotaban el cielo retardando la salida del sol. El viento helado silbaba lúgubremente, y los habitantes de la ciudad tenían pereza de abandonar sus casas. Mal, pues, se presentaba el tiempo para el volatinero. Cuando un sol riente y un cielo diáfano convidan á gozar de las galas de la naturaleza, parece que el corazon está más dispuesto á la benevolencia; ó por lo menos el egoismo se refugia en las profundidades del alma, dejando que suban á la superficie los sentimientos generosos.

El infeliz Jacobo habia hecho muchas veces estas observaciones, y sabia por experiencia que en los dias nublados y lluviosos la colecta era muy escasa, por lo mismo que era escaso el número de espectadores que se paraban en torno suyo á admirar sus arriesgados ejercicios.

El suelo, fangoso y húmedo, ofrecia bien triste perspectiva para tender el tapiz; pero era necesario comer, y por lo tanto trabajar.

Tomó el hombre las riendas del asno, y condujo el carrito de calle en calle, hasta llegar á una plazoleta que se estendia delante de un hermoso edificio. Era este el palacio del anciano conde de\*\*\*, magnífico señor, que

mantenia un escuadron de lacayos, cocheros y marmitones, todos gruesos y colorados como ingleses. En el ancho portalon, dentro del cual podria fabricarse cómodamente una casa, bullian y se desperezaban quince ó veinte de aquellos criados regalones, que, al ver el carro del titiritero, salieron en tropel á la puerta.

—¡Eh! ¡buen hombre! dijo el portero, dirigiéndose al saltimbanqui: ¿vas á trabajar? vamos, enséñanos los monos, y si no los tienes enséñanos tus niños, que siempre traerás alguno al que habrás descoyuntado los huesos para que baile mejor.

—Al momento, señor, respondió Jacobo haciendo cortesías.

Acercóse entonces al carro, y dijo en voz baja á su mujer:

—Vamos, Mari-Rosa, que esta gente pagará bien. Viste á la niña, y vístete tú pronto.

Entretanto tendió el tapiz, y con voz gangosa, que en nada se parecia á la que usaba para hablar á su familia, empezó el consabido estribillo de:

—Señoras y señores. Ahora verán ustedes como el signiore Jacobo Chamusquini, que descende, por línea recta, del rey de las sa-

lamandras, se come bonitamente un pastel de estopas encendidas, que le sentará muy bien, sin producirle cólico ni indigestion. La señorita Rosina de Jericó, su hija, vá á servirle este delicado plato, mientras su esposa, la bella Rosa Amarela, bailará sobre las botellas que contienen el licor de los inmortales. Ahora van ustedes á ver, caballeros y señoras, verdaderos prodigios increíbles.

Hicieron círculo los lacayos y cocheros del conde, agregándoseles algunos curiosos, y los trabajos comenzaron.

Despojóse Jacobo de su hopalanda, dejando ver un viejo traje de punto, mientras Mari-Rosa y Rosita ostentaban huecas faldas de lustrina, adornadas de talco y lentejuelas de metal.

Entonces pudo admirarse la hermosura de aquella niña, de la que su madre se mostraba tan orgullosa. Más bella aun que su nombre, parecía un serafin, al que solo faltaban las alas. Preciosos cabellos rubios, naturalmente rizados, sombreaban su frente de nieve, bajo la cual se abrian dos grandes y rasgados ojos azules como un pedazo de cielo. Su boquita era roja, como una cereza madura, y en sus redondas mejillas, dos deliciosos hoyitos, parecian haber sido hechos

por los labios de su madre dándola apretados besos.

—¡Oh! ¡qué preciosa criatura! dijeron á coro todos los circunstantes. ¡Lástima que sea hija de un titiritero!

—Si el señor conde la viera, exclamó el obeso portero, estaria suspirando una semana. Tiene la manía de creer que todas las niñas rubias se parecen á la señorita que se murió hace dos años, y cada vez que halla alguna en cualquiera parte, se trastorna su razon, y llora como un niño.

—Pues lo que es esta, en realidad, se asemeja á la muerta, contestó otro de los criados. Yo la conocí: tenia el pelito rubio y ensortijado, y tambien esos dos hoyitos en las mejillas.

—¡Te callarás, estúpido! dijo entonces el rozagante mayordomo, que tambien habia salido á mirar los volatines; ¿cómo quieres tú que la chiquilla de un saltimbanqui se parezca á la muy noble heredera del señor conde de ...? ¡Pues no faltaba más!

—Pues digo que se parece.

—Y yo digo que eres un bruto.

—Y usted un adulador y un...

Furiosas voces se sucedieron á la disputa, y ya iban á llegar á las manos los dos con-

tendientes, cuando, abriéndose con estrépito un balcon, apareció el conde, lanzando un agudo grito.

—¡Mi hija! ¡Mi Luz! Esa, esa es.

Acababa de ver á la niña de Jacobo.

—¡A ver! Juan! Alonso! Tomás! ¿Qué hace en la plaza la señorita Luz? Traedla pronto, ¡pronto! ¿No me oís?

Y el pobre caballero queria arrojarse á la plaza, para llegar antes á donde estaba la que creia su hija.

Dolorosísima impresion produjo en todos los circunstantes aquella escena, pues aun los más torpes comprendieron que el pobre conde estaba loco de pena.

—Pero ¿no me oís? repetia furioso. Traedme á mi hija, á mi Luz.

El círculo era cada vez más estrecho. El mayordomo le rompió, y acercándose á los volatineros:

—Idos, les dijo, si no quereis que os mande apalear. Ya veis cómo se ha puesto el señor conde á la vista de esa chiquilla.

—¡Pobre señor! dijo la niña, con los ojos llenos de lágrimas. ¡Pobre señor! Tiene razon en pedir á su hija, porque ella le querria, sin duda, mucho, como yo quiero á mis padres.

—¡Cómo, niña! ¿tú tienes lástima del poderoso señor conde de ...?

—Sí, puesto que no tiene una hija que le bese y le acaricie. Deje usted que me acerque á él para consolarle.

—¡Bendita seas, hija mia, por tu buen corazón! dijeron á la vez Jacobo y Mari-Rosa.

—Sí, bendita seas, hermosa niña, exclamó el conde, que se habia acercado sin ser visto. Bendita seas, tú que has tenido compasion de este pobre padre, menos feliz que el miserable volatinero que divertia á mis lacayos. ¡Bendita seas por buena y por bella! Como tú deberán ser los ángeles del cielo. ¿Quieres quedarte conmigo en mi palacio? Yo te amaré como amaba á mi hija.

—¡Ah, señor! Dijo dolorosamente la niña. Y al pobre titiritero ¿quién le querrá, si su hija le abandona? No pagueis con ingratitud, proponiéndome que deje á mis padres, el sentimiento de ternura que me ha inspirado vuestro dolor.

—No, hija mia, respondió conmovido el conde; yo no quiero que abandones á tus padres, porque desde este momento ellos y tú formareis parte de mi familia; pues el hombre que tiene una hija como tú, no puede menos de ser honrado.

#### IV

Con efecto: desde aquel día, Jacobo, Mari-Rosa y Rosita, fueron instalados en el palacio. La madre para cuidar de su hija; el padre tuvo en la casa un honroso empleo; y en cuanto á la niña, fué la verdadera condesita, querida, mimada y bendecida por todos.

La belleza, que tan fatal le habia parecido al pobre Jacobo, cuando contemplaba á su Rosita durmiendo en el carrito que les servia de casa, fué, unida á la bondad, la piedra angular de la fortuna de todos. Ya no se lamentaba de que su hija fuera hermosa. Verdad es que él habia dejado de ser *titiritero*.

---



## LA CASA DE PASO.

---

### I.

Existia, hace algunos años, en S. . . , pequeña ciudad de provincia, en la que pasamos nuestra primera juventud, un caseron antiguo, mitad palacio, mitad lonja, silencioso y sombrío, conocido vulgarmente por *La casa de paso*. En efecto, entrábase á este edificio por una gran puerta que se abria en la plaza Mayor de S. . . , y despues de cruzar un inmenso patio, rodeado de pilastras que sostenian un ancho soportal, salíase por otra puerta trasera á una calle estrecha que conducía á un barrio extremo de la ciudad.

Desde tiempo inmemorial esta casa solariega servia de paso. Sus puertas colosales, cuyas macizas hojas de roble estaban tachonadas de enormes clavos con cabeza en forma de estrella, permanecian abiertas de dia

y noche: un doble anillo de hierro las sujetaban al muro, y por las adherencias de orin que presentaban los fuertes goznes, se conocía que, desde muchos años antes, no se habían cerrado.

La fachada era magnífica. Sobre el arco de la puerta principal, en un pesado escuson de piedra, sostenido por dos capiteles con volutas, campeaba un escudo coronado por un casco con cimera y visera calada: cuatro barras diagonales, cruzando uno de los cuarteles, anunciaban en los primitivos poseedores del palacio la bastardía real. Sobre los rasgados balcones del piso superior, y las enormes rejas del bajo se repetía del mismo blason más en pequeño, sin escuson, ni capiteles: lo mismo sucedía en la puerta trasera.

El piso superior estaba habitado por una familia acomodada, y para hacer que los inmensos salones se parecieran en algo á las piezas modernas, había sido necesario levantar tabiques en todos ellos: en cuanto á la planta baja, su destino era tan variado como extraño. El mayorazgo, dueño entonces del palacio, no residía en S..., y los administradores, buscando, sin duda, el mejor medio de sacar utilidad á la finca, no habían vaci-

lado en alquilar para almacenes aquellas suntuosas habitaciones.

En la época á que nos referimos los habia de sal, de granos, de aceite, de hilados, de paños y de otros varios géneros; y los jueves, dia de mercado en S..., presentaba *La casa de paso* un aspecto original, lleno de extraordinaria animacion. Los forasteros, desbordándose de la plaza, invadian el gran patio, entablado aquí y allá acaloradas discusiones. En los soportales, haciendo mesa y manteles del duro empedrado, establecian el comedor, recontaban el dinero sacado de las mercancías, empaquetaban los efectos comprados, descansaban de las fatigas de la venta, se resguardaban del sol ó de la lluvia, y daban, en fin, un carácter especial al recinto. Las voces de los hombres, el llanto de los niños, la algazara de las mujeres y el cacareo de las aves, formaban un coro de ruidos indefinibles, imprimiendo vida y luz, durante algunas horas, al sombrío y silencioso edificio, hasta que, llegadas las cinco de la tarde, los almacenes se cerraban y los forasteros volvian á sus lugares. Entonces el silencio se restablecia en la gran casa misterioso é imponente, sin que vinieran á turbarle durante ocho dias, otros ruidos que el rumor

de las pisadas de los transeuntes que pasaban de la plaza á la calle y de la calle á la plaza, rumor que repetía el eco bajo el embovedado del ancho soportal.

Entonces, *La casa de paso* se convertía en un antro oscuro, apropósito para hacer el *coco* á los niños cuando se les quería acostar á la oracion; y tan general era en S... la costumbre de imponer miedo á los chicos con llevarles á la casa de paso, que apenas si habrá un natural de dicha ciudad, que cuente hoy más de treinta años, al que en su infancia no se le haya hecho semejante amenaza. Verdad es que todo allí se adunaba para herir las imaginaciones infantiles. La gran riqueza de detalles artísticos, que un día debieron embellecer aquella casa solariega, entraba por mucho en el aspecto extraño que tomaba, vista á la pálida luz del crepúsculo, cuando una semi-oscuridad, envolviendo los objetos, los agranda, revistiéndolos de formas fantásticas,

La espaciosa escalera, abierta bajo el embovedado del soportal, estaba coronada por artesonados de encina, á la que los años habían dado un negro de ébano. Los remates de las ensambladuras los formaban cabezas de sátiros, con largas barbas, ojos saltones, y rasgadas y enormes bocas. Calcúlese el efecto

que la vista de tales mónstruos, produciria en héroes de cinco á diez años. Los cuatro lienzos del patio, en derredor del que, segun hemos dicho, corria un ancho soportal, estaban pintados al fresco, ofreciendo á la admiracion de los curiosos algunas escenas mitológicas. La que se conservaba en mejor estado representaba el carro del Sol, tirado por seis caballos alados, que arrojaban fuego á torrentes por boca y nariz. El dios Apolo, rodeado de sus nueve hermanas, marchaba sobre el áureo carro, sentado en un trono de nubes de color de rosa. El artista no habia economizado en la composicion ni el almagre, ni el cobalto, ni la tierra amarilla; por lo cual el cielo aparecia á trechos rojo, como si nadara en sangre, á trechos teñido de un azul rabioso como el hábito de una colegiala, mientras el rubio Apolo y las nueve musas ostentaban espléndidas cabelleras de color de azafran.

Las pinturas de los otros tres lienzos estaban tan deterioradas, que solo ofrecian á la vista cuerpos de ninfas mutiladas, trozos de nubes, restos de bosques, y cabezas de faunos y sátiros, saliendo de entre las olas irritadas, lo que hacia suponer que los frescos deteriorados debieron representar á Diana en el

bosque, y la salida de Anfitríte del seno de los mares, perseguida por el viejo Neptuno.

En el primer descanso de la ancha escalera, una horrible pintura mural manchaba el testero. *Saturno devorando á sus hijos*, habia sido el asunto elegido para enriquecer artísticamente aquella parte del palacio, y la escena, pintada con vivísimos colores, era harto apropósito para erizar los cabellos. *El Tiempo*, representado por un viejo feroz, devoraba con ánsia á un niño, del que solo se veía la parte inferior del cuerpo, mientras la superior desaparecía en la horrible y ancha boca del dios antropófago. Los caballos con alas, arrojando llamas por la nariz, infundían ya en las infantiles imaginaciones un miedo atroz; pero la vista de *Saturno* le llevaba hasta el paroxismo: aquello era superior á toda exgeracion, y antes, aun los más atrevidos niños de S... hubieran caminado sobre carbones encendidos, que subir uno solo de los escalones que podían acercarlos al terrible viejo.

Nosotros, niños también en aquella época, jamás atravesamos la *Casa de paso*, sin cogernos con ambas manos á los vestidos de nuestra buena madre, y jamás tampoco dejamos de volver la cabeza para contemplar

al niño medio devorado, cuyos gritos nos parecía escuchar hasta en sueños.

Tales eran las impresiones que dejó en nosotros el aspecto particular de aquel extraño edificio cuando dejamos de verle: contaríamos entonces ocho ó diez años: pasaron casi otros tantos sin volver á cruzar sus umbrales, y hasta llegamos á olvidarnos de que existia; pero «estaba escrito», como dicen los árabes, que habíamos de asistir á la desaparicion de aquella casa, cuyos sombríos detalles habian acibarado las alegres horas de nuestra infancia. Hé aquí cómo esto tuvo lugar.

## II.

Era una hermosa mañana de Abril. El sol dorado de la primavera mandaba sus primeros rayos á saludar á las flores. Los pájaros piaban alegremente en el alero de los tejados, y nosotros, más alegres aún que ellos, gozábamos de la inmensa dicha de tener diez y siete años. El Abril de la vida y el de la naturaleza nos prestaban todas sus alegrías, sin que hubiera una sola nube en el puro cielo de aquella risueña mañana de juventud y de serena tranquilidad.

Sin embargo, aquella tranquilidad fué interrumpida por los gritos de:

—¡Fuego! ¡fuego! Está ardiendo *La casa de paso*.

Estos gritos los daban varios hombres que, corriendo en todas direcciones, buscaban auxilio contra el destructor elemento.

Hoy, que tantos recursos se encuentran en el desgraciado caso de un incendio, no es fácil figurarse el horror que la palabra *fuego* causaba entonces, sobre todo en ciudades como S..., en la cual solo hay tres fuentes, que no corren siempre, algunos pozos que se secan en verano, y un rio poco caudaloso que pasa á una gran distancia del casco de la poblacion.

—¿Con que está ardiendo *La casa de paso*? preguntamos aterrados.

—Sí, ardiendo, contestó el hombre; y no es lo peor que el edificio se queme, sino que las personas que viven en el piso principal se cree que están dentro, aunque nada se sabe de cierto.

—Pero, eso es horrible, exclamamos nosotros. ¿No han gritado, no han pedido socorro?

—No: reina en la casa un silencio aterrador.

—Y ¿está muy avanzado el incendio?



—Mucho. Por los balcones salen torbellinos de llamas grandísimos: los techos se desploman con un estrépito horroroso; las piedras crujen, y sin embargo, las puertas de las habitaciones, en donde vivían los señores NN..., permanecen cerradas. Como tienen tantos adornos de cobre, el fuego no las puede atacar.

—Y ¿qué hacen las autoridades?

—Todo lo que pueden, que no es mucho. Hay poca agua y pocos brazos: todos los peones están en el campo, y apenas si han podido encontrar cien personas para *establecer la cuerda*, lo cual es muy poco estando el río tan lejos.

Todo esto era verdad. La *Casa de paso* estaba, pues, condenada á desaparecer; y lo más terrible del caso era que la familia de los señores NN..., compuesta de dos esposos, tres niños, una doncella y algunos criados de escalera abajo, debían haber perecido, pues nada se sabía de ella.

Pasaron algunas horas de ansiedad. Todos los vecinos de S... acudieron á contemplar el siniestro, y todos se preguntaban, qué había sido de los moradores del palacio.

Las maderas se quemaron, calcináronse las piedras, las gruesas paredes quedaron

agrietadas, y, dominado el incendio, púdo-  
se, por fin, entrar en la casa, ó mejor dicho,  
en los restos que de ella quedaban; y enton-  
ces un espectáculo aterrador se presentó á la  
vista de los que, con riesgo de su vida, se  
aventuraron en medio de aquel inmenso bra-  
sero. Los cadáveres de los esposos NN... y de  
los tres niños fueron hallados en una misma  
estancia completamente carbonizados. Sin  
duda el incendio los habia sorprendido en  
medio de un sueño letárgico, pereciendo to-  
dos sin exhalar un solo grito. La doncella  
habia desaparecido, y su cadáver que se bus-  
có en vano, fué hallado tres dias despues en  
una acequia: la infeliz se habia suicidado.  
En cuanto á los criados de planta baja, pu-  
dieron probar que por órden de sus señores  
dormian todos fuera de la casa.

Todo esto, como puede comprenderse, se  
averiguó más tarde en la informacion del  
proceso. Entonces se habló de seduccion y  
de venganza como causas determinantes del  
pavoroso drama, cuyo desenlace costaba la  
existencia á seis personas.

Pasaron muchos meses, quizá más de un  
año, y cuando la dolorosa impresion de aque-  
lla catástrofe empezaba á borrarse de la me-  
moria de los habitantes de S..., la curiosidad

nos llevó un día hasta la valla que cercaba el medio abrasado edificio que fué *La casa de paso*; y recordando las impresiones de nuestra infancia, unidas á las que nos habia producido el espantoso drama del incendio, por aquello de *similia similibus*, para curarlas en lo posible, entramos en las ruinas. El patio se conservaba casi intacto y las pilastras continuaban sosteniendo el ancho soportal. En los ennegrecidos muros, que la accion del fuego habia agrietado, se descubrian aun las rubias cabezas de las Musas y los alados caballos que arrastaban el carro del Sol. Involuntariamente volvimos la mirada para buscar la escalera, y en ella la pintura mural, causa de nuestros pavorosos sueños. El muro existia: allí estaba *Saturno* continuando su horrible tarea. La vista de aquel niño destrozado trajo á nuestra memoria á las tres infelices criaturas devoradas por las llamas, y un estremecimiento de horror recorrió todo nuestro cuerpo, haciéndonos cerrar los ojos, é inmediatamente abandonamos el lugar.— Algunos años más tarde desaparecieron los calcinados restos del edificio: en su área se han construido casas modernas, y hoy apenas si en S... se recuerda el siniestro fin que tuvo *La casa de paso*.

## LOS JUEGOS DE LA INFANCIA.

Jamás hemos podido escuchar sin conmovernos las infantiles voces de los niños, cuando, entregados á sus bulliciosos juegos, ríen, cantan, chillan y alborotan, con toda esa encantadora libertad de espíritu, con todo ese abandono propio de los seres á quienes sonríe la vida cuando asoma por el rosado dintel que pinta la esperanza de oro y azul.

Esos grupos deliciosos de niñas de cuatro á diez años que, cogidas de la mano, forman el corro encantador á que los antiguos lacedemonios daban el nombre de *hormus aureo* (collar de oro), compuesto de preciosas criaturas, con lindas cabecitas rubias ó morenas, de ojos vivos y chispeantes, de bocas de grana y perlas, de mejillas rosadas, con deliciosos hoyuelos, parece un hermoso plantel de jóvenes almendros floridos que, con suave

aroma, han de perfumar un dia la existencia de cuanto esté á su alrededor.

La Plaza de Oriente, el salon del Prado, el parterre del Retiro, los jardines de Recoletos, y casi todas las plazuelas de Madrid, son teatro, diariamente, de esos ruidosos juegos infantiles que algunas veces aturden nuestros oidos, pero que en otras, no pocas, alegran nuestro corazon.

En todos los pueblos de España esta clase de juegos tiene algo de tradicional, que habiendo pasado de generacion en generacion, conserva sin embargo una gran pureza primitiva que, ni las modificaciones del lenguaje, ni el cambio de costumbres, ni los adelantos de la civilizacion, han llegado á borrar por completo. Los hijos de nuestros hijos repetirán, seguramente, como lo hemos hecho nosotros, y como lo hicieron nuestros abuelos, esas canciones monótonas, de cadencia caprichosa y extravagante letra, que debió en su origen referirse á romances caballerescos, á rudas leyendas populares, ó bien á cuentos fantásticos, de los que hoy solo restan algunas estrofas truncadas, ó algun corrompido estribillo.

Nada dicen ahora al oido esos cien fragmentos diferentes, al son de los cuales, las

niñas corren y se agitan, ya formando *la rueda*, ya en otros mil caprichosos juegos. Una letra bárbara y un ritmo de carácter extraño domina en casi todos ellos, por más que en algunos se vea aun á través de los siglos, algo que fué, segun antes dijimos, un romance caballeresco ó un canto popular. Mas ¿qué importa la letra? Lo que encanta, lo que embelesa, son las notas argentinas que escapadas de aquellos labios rosados, semejan al sonoro ruido que producirian las perlas de un collar, desgranándose, y saltando una tras otra sobre un joyero de cristal. Lo repetimos: ¿qué importa la letra?

Es una hermosa y perfumada tarde del mes de Mayo. En el salon del Prado, y bajo los copudos árboles que sombrean la artística fuente de las Cuatro Estaciones, diez grupos distintos de niñas hechiceras, blancas, rosadas, bellas como lo es la inocencia, risueñas como la misma alegría, frescas, encantadoras, con las mejillas animadas por el carmin de la salud, rebosando en sus ojos el placer purísimo de la dicha; con sus hermosos cabellos agitados por la brisa primaveral, cargada de los dulces aromas que engalana *la estacion amena*, rien, juegan y se agitan de mil modos. Sirve de rico y espléndido

marco á este cuadro encantador el sol poniente, y sus rayos dorados parece que se detienen complacidos en acariciar aquellas cabezas de querubines.

En cada uno de los diez grupos, las niñas entonan una cantinela distinta, formando la más deliciosa confusion.

En uno gritan:

A la limon, á la limon  
Que se ha roto la fuente...

En otro:

Me casó mi madre,  
Me casó mi madre  
Chiquita y bonita...

Mas allá:

De dónde son  
Las carboneritas,  
De dónde son  
Las del carbon...

A la izquierda:

De Francia vengo, señores,  
De por hilo portugués...

Un poco más lejos:

La viudita, la viudita,  
La viudita se quiere casar...

En otro punto:

Entre las matas  
Y entre las flores

Tengo yo un nido  
De ruiséñores...

Detrás de la fuente:

Quién es este ruido  
Que anda por aquí...

Imposible es describir todo el encanto que se desprende de tan bello desorden, el cual se asemeja al gorjeo de miles de pájaros de cantos diferentes.

La sávia, la riqueza toda de la vida, encerrada en aquellos frágiles y transparentes vasos, se exhala en fragantes emanaciones por entre las sonrisas de los lábios purpurinos que entonan las canciones fantásticas.

La dorada mariposa, en sus múltiples y rapidísimos giros, representaría la calma, comparada con la volubilidad con que aquellas niñas pasan de unos juegos á otros. A los cinco minutos de haber estado contemplándolas, puede verse que todas han cambiado de sitio y de juego. La cantinela que antes entonaba el grupo de la derecha, ahora la entona el de la izquierda; mientras que tres ó cuatro corros, que estaban separados, han venido á confundirse en uno solo, como se confunden cinco ó seis arroyos en un pequeño riachuelo para aumentar su alegre murmurio.



En derredor de esta bulliciosa alegría, se destaca la mirada tranquila de las madres que, sonrientes, contemplan arrobadas aquella espléndida aurora de la existencia, formada por pedazos de su mismo sér.

Los ancianos sienten que el suave calor que irradia de la hirviente sangre que, en matices de carmíneas rosas, sube á las infantiles mejillas, anima su moribunda memoria, y recuerdan con placer los dias de su niñez; y el gorjeo de los pájaros, haciendo coro á las argentadas voces, es más alegre y armonioso.

Los niños son las flores animadas que esmaltan la pradera de la vida. Son la gracia, el candor y la debilidad. Los juegos de la infancia representan los recuerdos más gratos: á ellos va unida la memoria de las más puras alegrías, del más santo de los cariños; el cariño de nuestra madre. Se borrarán de nuestra memoria las tumultuosas aspiraciones y deseos que tuvimos en la adolescencia, las arrolladoras pasiones de la juventud, y la ambicion sentida en la edad madura; pero en la calma de la vejez no podremos manifestar indiferencia por aquello que nos recuerda los juegos de nuestra infancia.

Esta escala ascendente y descendente, que

forma en exacta gradacion el cuadro de la existencia, visto por este risueño prisma, podemos contemplarle sin demasiada tristeza, hallando natural y lógico que los resortes se gasten, y que nosotros nos vayamos para que otros vengan.

La melancólica emocion que siente el alma al contemplar los juegos de los niños, no tiene nada de punzante, nada que lastime; es el albor de la mañana, visto desde el ocaso, ofreciendo todo el encanto de los contrastes.

## EL BAUTIZO EN EXTREMADURA.

---

### I.

A despecho de la civilización y de los adelantos del progreso, cada provincia, cada localidad conservará siempre sus costumbres características, que le darán fisonomía propia. Las costumbres no pueden desaparecer en absoluto, y no desaparecerán, porque si esto sucediera, vendría la confusión, cosa muy distinta por cierto, de la fraternidad universal á que el progreso aspira. El que todos los pueblos se miren como hermanos, no excluye, de modo alguno, el respeto que cada cual debe á la autonomía de los otros; y esta autonomía implica el más amplio derecho de conservar y venerar las tradicionales costumbres de sus mayores, sin rechazar por ello los adelantos modernos. A consecuencia, pues, de esta armónica mar-

